



La vida de uno y lo en común

La cultura ambiental debe ser tenida en cuenta: es un punto de partida insoslayable. Pero con eso estamos diciendo que no la sacralizamos: es nada más que un punto de partida. Tenemos que decidir si nos dejamos definir por él o lo trabajamos transformadoramente. Estamos proponiendo un discernimiento cultural. En esta oportunidad nos limitaremos a dos puntos que consideramos cruciales.

LA AFIRMACIÓN PERSONAL Y SU SENTIDO

Convenimos de entrada en la afirmación radical del sujeto. Creemos que se debe exigir a los grandes discursos abstractos que no eludan el sujeto. Quien los produce debe decir cómo se implica en ellos. El Occidente ha sido maestro en componer discursos de factura universal que en realidad eran no sólo particularistas sino justificadores de privilegios y predomios. Ese es precisamente el caso del neoliberalismo reinante. Y en nuestro país esa es la práctica habitual de las clases dirigentes.

Más aún, estamos de acuerdo en que no hay salida si la cultura ambiental no estimula el que cada quien ponga a accionar su propio sujeto en la mayor medida posible y en todas sus dimensiones, desde la intuición sensible (que debe ser altamente valorada) a la praxis transformadora de la naturaleza y la sociedad. Sería nefasto equiparar desarrollo individual con individualismo.

Todavía más, uno debe proponerse la realización personal como fin absoluto. No hay derecho a implicar a alguien en un cuadro de medidas en el que sólo tenga que perder. Y esto vale no sólo para las clases dirigentes sino también para el pueblo. Como también es insensato que uno se embarque en una empresa en la que pueda ganar dinero o poder, si él mismo se pierde. «Pues ¿qué puede dar el ser humano a cambio de su vida?» (Mc 8, 36-37).

Uno es fin absoluto para sí mismo. Pero el ser humano no es, como querían los existencialistas, una existencia sin esencia, sin contenidos. No somos libros en blanco que cada quien llena como le parece. Venimos de otros, estamos con otros, vamos hacia otros, formamos parte de un ecosistema, somos en fin seres culturales y espirituales. Esto no nos determina, pero tenemos que habérnoslas con ello. Si yo compongo el argumento de mi vida caprichosamente, guiado sólo por mis preferencias, no hago justicia a mi ser. Me alieno. Y a eso es a lo que nos incita constantemente la propaganda.

Nos queremos fijar en un punto crucial: La realidad humana es fundamentalmente respectiva. Yo no me afirmo como persona si en mi afirmación absoluta no afirmo absolutamente a los demás seres humanos. Si en mi caso concreto yo no afirmo a determinados grupos sociales o a determinados individuos, porque los considero competidores o enemigos o inferiores, ya no me afirmo yo como persona sino como simple miembro de mi propio grupo o como ese individuo concreto que soy. Y me pierdo, si no me afirmo como persona. Eso significa que las acciones y proyectos en los que yo me afirmo como individuo o como grupo tienen que ser susceptibles de que también los demás puedan afirmarse. Un plan en el que una persona o grupo sacrifiquen a otras personas o grupos para salvarse ellos son planes alienantes que despersonalizan a los que los llevan a cabo. Se trata ciertamente de mi salvación. Pero yo sólo me salvo con los demás. Este aspecto debe ser introducido en nuestra cultura. Porque actualmente vivimos en una cultura feudalizada en la que uno vale por el número de corporaciones prestigiosas a las que pertenece, y en la que lo que lleva el nombre de público es en realidad el coto de grupos privados que lo usufructúan.

EL SENTIDO DE LA LUCHA POR LA VIDA

En la vida ciertamente hay riesgos. No arriesgarse a correrlos por miedo al fracaso es la peor de las decisiones. Es razonable asegurarse en la vida y medir prudentemente los riesgos. Más, en estos tiempos tan azarosos. Pero no podemos negarnos a vivir para conservar la seguridad. El que no se arriesga, se pierde (cf. Mc 8,35). El que no es productivo con los haberes que recibió, los perderá (cf. Mt 25,29). Hemos de aceptar el momento de apertura inherente a la realidad. No podemos sucumbir al miedo a la libertad. La realidad histórica posibilita la creatividad y exige que nos capacitemos para usarla responsablemente. En eso estamos de acuerdo con la cultura ambiental. No hay vuelta a un pasado en el que parecía que todo estaba garantizado y en el que era posible vivir parasitariamente (aunque en su etapa ascendente muchos lo vivieron con gran creatividad). En este sentido es cierto que la vida es lucha, un esfuerzo constante y denodado.

Pero para nosotros la lucha no es la guerra privada de individuos y grupos, originada en el insuperable egoísmo humano, que, civilizado por la ley, es el motor del progreso. Este planteamiento no hace justicia a la realidad; es esgri-

mido por los ideólogos de quienes están en el poder para sacralizar sus métodos y su victoria. Para nosotros el sentido genuino, personalizador de la lucha humana abarca dos dimensiones. Ante todo, la lucha interior para superar el propio egoísmo y buscar la autoafirmación no en el reconocimiento de los competidores vencidos sino en la composición del interés propio con el de los demás. Pero no menos, la lucha por poner muchos haberes en común para constituir un cuerpo social en el que nos hagamos cargo de la situación y carguemos con ella responsable y creativamente.

PONER LA VIDA EN COMUN

A lo largo del proceso de modernización hubo bastantes venezolanos que vivieron dedicados exclusivamente a sus intereses privados, en el sobreentendido de que el Estado, sentido como exterior a ellos, ya se encargaba de lo común. Para estas personas lo público nunca fue lo puesto en común con sacrificio propio sino lo que aportaba una instancia específica, el Estado, que tenía abundantes recursos para esa misión. De este modo estas personas vivieron en armonía gracias a la mediación del Estado, pero sin componer un cuerpo social, sin conocer siquiera esta dimensión tan esencial del ser humano. Sin embargo a lo largo de ese proceso nunca faltaron personas que sí dieron de sí, dentro y fuera del Estado, para realizar tanta realidad social como entre nosotros ha existido. Pero en las dos últimas décadas el Estado careció cada vez más de recursos y de voluntad para ejercer su función pública y no surgió un liderazgo que convocara al país a poner en común talentos y recursos para constituir un cuerpo social. Por el contrario se desató una furiosa ofensiva ideológica en pro de lo privado, exaltando el egoísmo del propio interés, como si una mano invisible los coaligara para que de ellos redundara el bien común. El resultado es esta guerra soez que nos corroe para defender posiciones adquiridas y apropiarse de lo que hay, que no para crear competitivamente bienes y servicios. El Estado ya sólo residualmente se dedica a lo público, casi todo desagua en pagar a sus empleados. No hay dinero ni horizonte para que ellos realicen las funciones públicas que justifican sus cargos.

Va a ser indispensable, pues, luchar a fondo. Pero no en el sentido de entregarnos a una realidad que sería constitutivamente violenta, sino para superar tanto desorden acumulado, para hacer justicia a una realidad que ha sido violentada muy profundamente. Por eso las armas de la lucha no pueden poner más desorden. Son imprescindibles dos puntos: acabar con la exclusión de los de abajo y entrar por la vía de la negociación que tenga como objetivo entender lo que se trae entre manos y entendernos cada una de las partes.

IMPLICACION DE PRIVADO Y PUBLICO

Podemos resumir lo dicho en dos avisos que da san Pablo a la comunidad de Galacia. Les dice: «cada uno tendrá que llevar su propia carga»; y también: «arrimen todos el hombro a las cargas de los otros»(Gal 6,5 y 2). Ambas expresiones están casi a renglón seguido ¿no son contradictorias? Son más bien complementarias. La primera alude a la disposición fundamental a tomar cada quien su vida en sus propias manos, la resolución a responsabilizarse de sí mismo; es el repudio al parasitismo. Pero la segunda propone crear entre todos condiciones para que ese esfuerzo rinda y no sea estéril, y ayudar al que por alguna circunstancia está demasiado sobrecargado.

Pero hay algo más. El procurar cada quien su vida y el ponerla en común no son sólo dos expresiones complementarias sino que cada una debe estar presente en la otra como dimensión de ella. En el modo de buscar lo mío tiene que caber también lo de los demás y en el modo de poner en común mis haberes tiene que darse mi realización personal. No podemos entender la sociedad civil como el ámbito del interés meramente privado y la sociedad política como el ámbito del puro bien público. El resultado será la privatización de lo público. Porque si los políticos provienen de la sociedad civil ¿de dónde sacarán la predisposición a lo público, si sólo cultivaron intereses privados? Creemos que en este punto falta claridad en el país y justamente en el momento en que más se precisa. Sin embargo no faltan, gracias a Dios, personas que viven sus intereses privados con esta dimensión del bien común. De ellos saldrán, andando el tiempo, los políticos que necesitamos.

Suscriptores del exterior:

Pueden depositar el pago de la suscripción directamente en

VENECREDIT INTERNACIONAL
REVISTA SIC CENTRO GUMILLA
CTA. N° 962-73-08

de

BROWN BROTHERS, HARRIMAN AND COMPANY
59 Wall Street, N.Y.
N.Y. 10005

y enviarnos, vía fax, copia del Comprobante de Depósito